—Mami, ¿cómo hubiera sido el mundo si los hombres no fueran tan tontos?

Lavidia contemplaba las tonterías que hacía su hermano mientras este jugaba con otros chicos en aquel parque. La madre pensó la respuesta durante unos instantes, y tras ver cómo su hijo recibía una pedrada, dijo, yendo hacia él:

—El mundo sería mucho peor, hijita. Si los hombres tuvieran nuestras capacidades, la humanidad estaría enfrentada en guerras constantes, y la crueldad y la opresión se extenderían por todas partes.

La madre separó a los dos chicos que se peleaban y consoló a su retoño que ahora lloraba sobre su regazo, mientras con un pañuelo limpiaba la sangre que ya comenzaba a salir de un incipiente chichón. La hija continuó:

—Pero, mami, nosotras no consentiríamos eso, ¿verdad? No consentiríamos que lo destrozaran todo.

—No, claro, pequeña. Eso solo ocurriría si además de ser tan inteligentes como nosotras, fuesen también más fuertes.

—Pero, ¿hubiera sobrevivido la sociedad en un mundo así?

—Difícilmente —contestó la madre—. Y de hacerlo —siguió—, sería un mundo de líneas rectas, lleno de grandes construcciones inútiles fabricadas para demostrar su poder, con espacios desaprovechados…

—¡Y mucho más feo! —añadió la hija.

—Desde luego. Pero, ¿sabes qué? Lo peor no sería eso, Lavi. Lo peor sería que ellos serían el referente, y nosotras nos pasaríamos la vida suspirando por querer hacer lo que hacen ellos.

La hija dudó por unos instantes y dijo:

—¡Qué tontería! Yo en mi vida me pondría a hacer la tonta corriendo detrás de una pelota, o... —miró hacia su derecha—, o compitiendo con otras chicas para comprobar... —se rio, viendo lo que hacían más allá un par de chicos—, compitiendo para ver quién tiene los pechos más grandes.

La madre sonrió igualmente, y dijo:

—Lo harías, Lavi, lo harías. En el fondo, también nosotras somos un poco tontas y nos dejamos llevar. Yo te aseguro que, si los hombres dominaran el mundo, hasta renunciaríamos a tener hijas con tal de ser como ellos, pues desearíamos hacer lo mismo que hacen ellos.

—¿Renunciar a la maternidad? —la chica abrió los ojos como platos y puso un gesto de total incredulidad, mientras intentaba imaginarse aquel mundo tan horrible.